

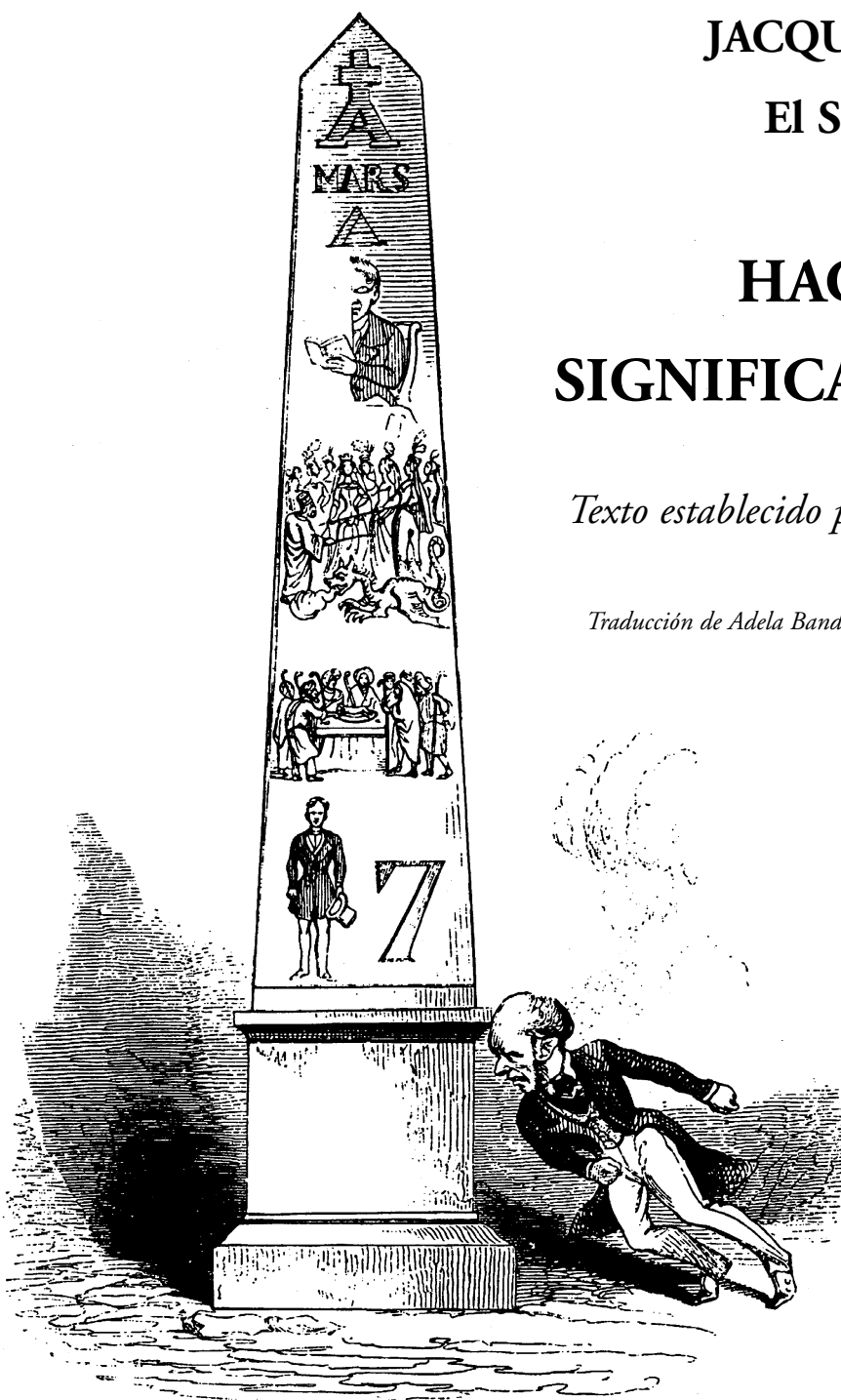
JACQUES LACAN

El Seminario

HACIA UN
SIGNIFICANTE NUEVO

Texto establecido por Jacques-Alain Miller

Traducción de Adela Bande-Alcantud y France Laure Sampieri



Este artículo retoma las lecciones de 15 de marzo, 19 de abril, 10 de mayo, 17 de mayo 1977 del Seminario de Jacques Lacan *L'insu que sait de l'une-bévue s'aile à mourre*, (1976-1977), lecciones editadas en *Ornicar?*, Boletín periódico del Campo freudiano, nº 17-18, Paris, Lyse, 1979, pp. 7-23. Traducido y editado con la amable autorización de Jacques-Alain Miller.

I. LA ESTAFA PSICOANALITICA

Hay gente bien intencionada conmigo –¿qué más da que haya gente que tiene buenas intenciones conmigo? Eso es que no me conocen, pues por mi parte, no estoy lleno de buenas intenciones– hay pues, gente bien intencionada que a veces me ha escrito cartas diciéndome que mi balbuceo de la última vez sobre el discurso analítico, era un lapsus.

¿Qué es lo que distingue al lapsus del error grosero? Tengo tendencia sobre todo a clasificar como error lo que aquí se quiere calificar de lapsus. Pues a pesar de todo, ya he hablado de ese discurso analítico, por lo menos un poco. Cuando hablo me imagino que digo algo. Lo molesto es que consideran que hice un lapsus, si puedo decir, escrito. Esto toma particular importancia cuando se trata de un escrito, encontrado por alguien, en este caso yo.

Ya ocurrió antes que dijera –imitando a un célebre pintor– “Yo no busco, encuentro”. En este momento busco mucho para lo que encuentro. Dicho de otra manera, doy vueltas en el mismo sitio. Y esto es lo que se ha producido: las letras escritas no estaban en el buen sentido, en el sentido en el que giran, se han embrollado.

Hay que decir que no cometí un tal lapsus sin razón, y si es cierto que imaginé al revés el orden en el que las letras dan vueltas, creo, al menos, saber lo que quería decir. Que es lo que voy a intentar explicarles hoy. Además, estoy animado por lo que oí ayer noche de la señora Kress-Rosen en la Escuela Freudiana. Ella tuvo la bondad de decir, casi, lo que yo quise responder a una persona que, aconsejada parece ser por Roman Jakobson, me pidió que hablara de lo que a éste concierne.

Mi primera impresión fue la de decir que lo que yo llamo lingüistería necesita el psicoanálisis para sustentarse. A esto añadiría que no hay más lingüística que la lingüistería. Eso no quiere decir que el psicoanálisis sea toda la lingüística. El acontecimiento lo atestigua, puesto que se hace lingüística desde hace mucho tiempo, desde el *Crátilo*¹, desde Donato, desde Priscianus, ya que siempre se ha trabajado para ella. Además, eso no arregla nada.

Creo que, informados por los belgas, les llegó a sus oídos que hablé del psicoanálisis diciendo que podría ser una estafa. Sobre eso mismo insistía haciendo girar mis letras y hablándoles de un S1 que parece prometer un S2. Hay que recordar al respecto lo que dije en su momento: que un significante era lo que representa al sujeto para otro significante. ¿Qué se puede deducir de esto? Les voy a dar una indicación, aunque sólo sea para esclarecer mi camino, porque esto no es evidente. Quizás el psicoanálisis sea una estafa, pero no es una cualquiera, es una estafa que cae en el punto exacto respecto a lo que es el significante, o sea, algo muy especial que tiene efectos de sentido. Del mismo modo, bastaría con que en vez de connotar el S2, de ser el segundo en el tiempo, lo fuera de tener un sentido doble, para que así el S1 se pusiera correctamente en su lugar.

El peso de esta duplicidad de sentido es común a cualquier significante. La señora Kress-Rosen no me contradirá, si quiere hacerlo que me lo indique de alguna manera, pues es una alegría para mí que se encuentre aquí. En lo que respecta, el psicoanálisis no es más estafa que la poesía misma.

La poesía se funda precisamente en esta ambigüedad de la que hablo, y que califico de doble sentido. Ésta parece depender de la relación del significante con el significado, y se puede decir, en cierto modo, que es imaginariamente simbólica. Si de hecho la lengua –éste es el punto de partida de Saussure– es el fruto de una maduración, de la madurez, que se cristaliza con el uso, la poesía depende de una violencia hecha a este uso, de la que tenemos alguna que otra prueba. Cuando, la última vez, evoqué a Dante y la poesía amorosa, era justamente para marcar esta violencia. La filosofía hace todo lo posible por borrarla, en eso constituye el terreno de prueba de la estafa. Por eso también, no se puede decir que la poesía no toque, a su manera inocentemente, lo que connoté al instante, de lo imaginariamente simbólico. Eso se llama la verdad.

Se llama la verdad, precisamente, sobre la relación sexual. A saber, que como dije –y quizás el primero (no veo por qué me pondría un título por eso)– relación sexual, no hay. Hablando con propiedad, no hay nada que haga que necesariamente un hombre reconociera una mujer. Tengo la debilidad de reconocer *la*, pero estoy bastante advertido como para haberles señalado que no hay de *la*. Eso coincide con mi experiencia, no reconozco todas las mujeres.

Relación sexual, de eso no hay, pero esto no es evidente. No hay, excepto la incestuosa. Eso es exactamente lo que afirmó Freud: de eso no hay, salvo incestuosa o mortífera. Lo que señala el mito de Edipo, justamente, es que la única persona con la que uno tenga ganas de acostarse es la madre, y que al padre, se le mata. Eso es mucho más probable, en cuanto que no se sabe que son su padre y su madre. Y es precisamente por eso por lo que el mito tiene un sentido: Edipo mató a alguien que no conocía y se acostó con alguien de quien no tenía la menor idea que fuera su madre. Eso quiere decir que sólo la castración es de verdad. Al menos con la castración estamos se-

guros de salir de eso. No se trata tanto de la muerte del padre como de su castración, la castración pasa por matar. En cuanto a la madre, lo mejor que se puede hacer es cortarlo para estar seguros de no cometer el incesto.

Me gustaría llegar a darles la refracción de estas verdades dentro del sentido. Tendría que lograr darles la idea de una estructura que encarnara el sentido de una manera correcta. Al contrario de lo que se dice, no hay verdad respecto a lo real, puesto que lo real se dibuja excluyendo el sentido. Incluso sería demasiado decir que hay real, porque decirlo es suponer un sentido. La palabra “real” tiene un sentido en sí misma, y ya jugué con eso al evocar el eco de la palabra *reus*, que en latín quiere decir culpable: somos más o menos culpables de lo real. Eso es que el psicoanálisis es cosa seria, y no es absurdo decir que puede caer en la estafa.

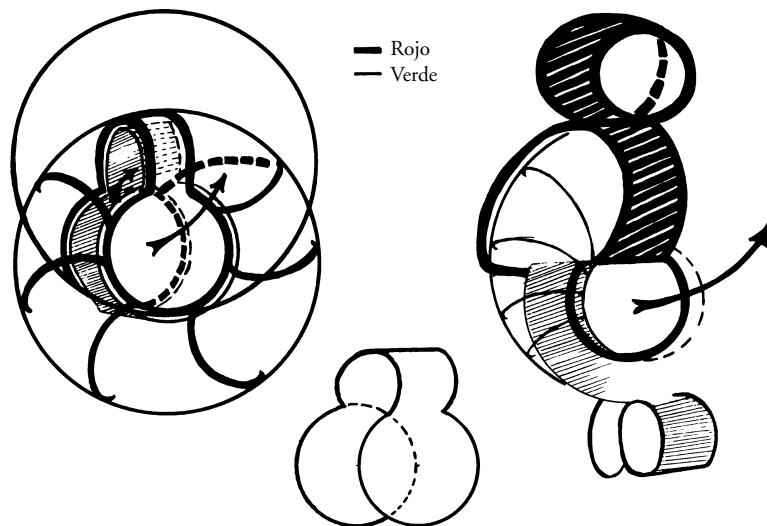
Hay que anotar de paso, tal como le indiqué a Pierre Soury en su curso de Jussieu, que si se entra en el tema del nudo borromeo, como él, a partir del toro al revés, eso supone que sólo un toro se puso al revés. No es que no se pueda dar la vuelta a otros, sino que, en dicho caso, ya no es un nudo borromeo. Les di una idea de ello la última vez por medio de un dibujito. Por eso no les sorprenderá que enuncie respecto al toro al revés, que si ese toro es el de lo simbólico, entonces lo que hay dentro es simbólicamente real.

Lo simbólicamente real no es lo realmente simbólico. Lo realmente simbólico es lo simbólico incluido en lo real, lo cual tiene precisamente un nombre: se llama la mentira. Lo simbólicamente real, o sea, lo que de lo real se connota en el interior de lo simbólico, es la angustia. El síntoma es real. Incluso es lo único verdaderamente real, es decir, que conserva un sentido en lo real. Por esta razón, justamente, el psicoanalista puede, con suerte, intervenir simbólicamente para disolverlo en lo real.

Lo que es simbólicamente imaginario es la geometría. El famoso *mos geometricus*, al que se le ha dado tanta importancia, no es más que la geometría de los ángeles; a pesar de la escritura, no existe. Hace tiempo me metí mucho con el Reverendo Padre Teilhard de Chardin haciendole observar que al darle tanta importancia a la escritura, tendría entonces que reconocer que los ángeles existían. Paradójicamente, el Reverendo Padre no creía en eso: él creía en el hombre, de ahí su historia de hominización del planeta. No veo por qué se tendría que creer más en la humanización de lo que sea, que en la geometría. La geometría concierne expresamente a los ángeles, y por el resto, es decir por la estructura, sólo reina una cosa, lo que llamo la inhibición. Inhibición contra la cual yo lucho, quiero decir que me preocupo, que me atormenta.

El tormento que me hago por todo lo que les aportó aquí en cuanto a la estructura está ligado solamente al hecho que la geometría verdadera no es la que se cree, la que proviene de los puros espíritus, sino que es la que tiene un cuerpo. Eso es lo que queremos decir cuando hablamos de estructura. Y para empezar les pondré bien claro, por escrito, de lo que se habla cuando se habla de estructura.

He aquí un toro agujereado. Vean ustedes aquí el borde –si nos permitimos una expresión no muy adecuada– el borde del agujero que está en el toro, y ahí el cuerpo del toro. Es fácil completarlo si se da uno cuenta –y eso se lo debo a Pierre Soury– que al agujerear ese toro, se hace al mismo tiempo un agujero en otro toro encadenado con él. Voy a intentar poner en figuras lo que se puede dibujar de una estructura. Vean ustedes aquí el toro verde en el interior del toro rojo. Sin embargo, pueden ver aquí el toro verde al exterior. Pero en verdad no es un segundo toro, ya que se trata siempre de la misma figura, pero que se demuestra poder deslizarse dando vueltas en el interior del toro rojo, y que realiza ese toro en cadena con el primero.



Hagamos girar el toro verde que se encuentra en la superficie exterior del toro rojo. Y que representa, precisamente, lo que podríamos llamar el complementario del toro rojo, es decir, el toro encadenado. Pero supongan que sea el toro rojo al que hagamos deslizarse así. Obtenemos una realización inversa: algo que está vacío se anuda a algo que está vacío.

Lejos de tener dos cosas concéntricas, tenemos, al contrario, dos cosas que juegan una en relación con la otra. Lo que pongo en claro, con esta manipulación, es lo que llamé palabra llena y palabra vacía.

La palabra llena es una palabra llena de sentido. La palabra vacía es una palabra que sólo tiene significación –espero que la señora Kress-Rosen, de la que percibo su astuta sonrisa, no vea aquí demasiado inconveniente. La palabra está llena de sentido porque ella viene de esta duplicidad dibujada aquí (figura. 1) –porque la palabra tiene doble sentido es S2, y la palabra “sentido” está llena de él mismo. Y cuando hablé de verdad me refería al sentido.

Lo propio de la poesía cuando falla es que sólo tiene una significación, sólo es un puro anudamiento de una palabra con otra. No obstante, por lo menos, queda el que la voluntad de sentido consiste en eliminar el doble sentido, lo cual sólo se concibe si se realiza esta figura (figura 3) haciendo que sólo haya un sentido, el verde recubriendo al rojo. ¿Cómo puede el poeta realizar ese forcejeo, el de lograr que un sentido esté ausente? Reemplazando ese sentido ausente, por la significación. La significación no es lo que el pueblo llano cree. Es una palabra vacía. Lo que se expresa con el calificativo que Dante da a su poesía, a saber, el que sea amorosa.

El amor sólo es una significación, y vemos bien la manera en que Dante encarna esta significación. El deseo, por su lado, tiene un sentido, pero el amor –tal como lo presenté en mi Seminario sobre *La Etica*², tal como el amor cortés lo soporta–, el amor es vacío.

15 de marzo 77

II. LA VARIEDAD DEL SÍNTOMA

Les pido perdón, me duele la espalda, eso no me ayuda a quedarme de pie. Pero cuando me siento, también me duele. Que no se sepa lo que es intencional, no es razón para elucubrar sobre lo que se supone que lo es.

A lo que Freud designa el Yo en la segunda tópica, como se le atribuye lo que cotorrea y que se llama su decir, se le supone que tiene intenciones. Efectivamente, dice, y dice imperativamente. Al menos, así es como empieza a expresarse por medio del imperativo que yo marqué con el significante de índice 2, respecto al cual definí al sujeto. Dije que un significante era lo que representaba al sujeto para otro significante. En el caso del imperativo, el que escucha, por ese hecho mismo, se convierte en sujeto. No es, por tanto, que el que profiere no se convierta él también en sujeto, incidentemente.

Me gustaría –en psicoanálisis sólo hay “me gustaría”– me gustaría llamar la atención sobre algo.

El psicoanalista –es evidente que soy un psicoanalista con demasiada solera– el psicoanalista, desde el punto al que llegué, depende de la lectura que haga de su analizante, de lo que le dice en términos propios, cree decirle. Eso quiere decir que todo lo que el analista escucha no puede ser tomado al pie de la letra.

De esta letra, cuyo pie indica el enganche al suelo –metáfora pobre³, lo que va bien con “pie”– ya dije la tendencia que ella tiene a ir hacia lo real. Ese es su asunto, lo real en mi notación es lo imposible de alcanzar. Lo que el analizante del analista en cuestión cree decirle no tiene nada que ver –Freud se dio cuenta de ello– con la verdad. Sin embargo, hay que pensar que creer ya es algo que existe. El analizante dice lo que cree que es verdadero. Lo que el analista sabe es que sólo habla cerca de lo verdadero, porque ignora lo verdadero en sí. Freud delira aquí sólo lo necesario. Ya que se imagina que lo verdadero es el núcleo traumático. Así lo expresa exactamente. Como lo indiqué, invocando a mi nieto, el susodicho núcleo no tiene existencia, sólo hay ..., el aprendizaje que el sujeto soportó de una lengua entre otras, lo que es para él lalengua, esperando engancharla, a ella, lalengua; esto crea un equívoco con hacer-real⁴. Lalengua, sea la que sea, es una obscenidad, lo que Freud designa –perdónenme también el equívoco– por *l'obrescène*, la otra escena que el lenguaje ocupa por su estructura, estructura elemental que se resume a la del parentesco.

Un tal Rodney Needham, que no es el Needham que se ocupó con tanta atención de la ciencia china, se imagina que hace mejor que los demás. Señala, con razón, que se tiene que debatir sobre el parentesco ya que, en los hechos, éste comporta una mayor variedad que la que dicen los analizantes –a eso se refiere él. Pero resulta completamente sorprendente que los analizantes sólo hablen de eso. La indicación incontestable de que el parentesco tenga valores diferentes en las diferentes culturas no impide que los analizantes no paren de machacar sobre sus relaciones con sus parientes cercanos. Por cierto, es un hecho que tiene que aguantar el analista. No existe ningún ejemplo de analizante que note la especificidad que diferencia su relación particular con sus parientes más o menos inmediatos. El

hecho de que sólo hable de eso tapa todos los matices de su relación específica. Así que *La Parenté en question*⁵, obra patrocinada por este Needham, destaca, en fin, el hecho primordial de que se trata de lalengua, de que el analizante sólo habla de eso, porque sus parientes cercanos le enseñaron lalengua. La función de la verdad está aquí amortiguada por algo que prevalece; habría que decir que la cultura está ahí taponada. En este caso más valdría evocar la metáfora, ya que “cultura” también es una metáfora, la de la “agri” del mismo nombre. Habría que sustituir a la “agri” en cuestión el término de caldo de cultura; mejor sería llamar cultura a un caldo de lenguaje.

¿Qué quiere decir asociar libremente? ¿Acaso es una garantía de que el sujeto que enuncia va a decir cosas de un poco más de valor? Pues cada uno sabe que el raciocinio, lo que así se llama en psicoanálisis, tiene más peso que el razonamiento. ¿Qué tiene que ver un enunciado con una proposición verdadera? Habría que intentar ver, como lo enuncia Freud, en qué se funda eso que sólo funciona al desgaste, y que se le supone a la verdad. Habría que abrirse a la dimensión de la verdad como variable, a lo que yo llamaré *la variedad*, con la “e” de “variedad” tragada.

Si un sujeto analizante introduce en su discurso un neologismo como acabo de hacerlo, no es razón para creer automáticamente que eso es lo real. El neologismo aparece cuando eso se escribe, pero no es por que se escriba que se da peso a lo que antes evoqué respecto al pie de la letra. En resumen, habría que plantear la cuestión de saber si el psicoanálisis no es un autismo a dos.

Hay algo que permite forzar este autismo: el que lalengua sea un asunto común. En eso exactamente me puedo hacer entender por todos aquí. Eso es lo que garantiza que el psicoanálisis no cojee irreduciblemente por este autismo a dos. Por eso puse al orden del día de la Escuela Freudiana la transmisión del psicoanálisis.

Hegel inventó la astucia de la razón. Es una idea filosófica. No hay la más mínima astucia de la razón. No es constante, al contrario de lo que Freud enunció en algún lado, que la voz de la razón sea baja, sino que ella repite siempre lo mismo. La razón sólo repite cosas al dar vueltas en el mismo sitio. Para decir las cosas ella repite el síntoma. Y el que hoy me presente ante ustedes con un síntoma físico no impide que se puedan preguntar, y con razón, si, quizás, no sería intencional; si yo no me habré entregado a un comportamiento tan tonto como éste, como para que haya querido este síntoma, por muy físico que sea. No hay razón alguna para quedarse en dicha extensión del síntoma. Lo queramos o no, es algo sospechoso.

Es un hecho que las lenguas –que yo escribo *l'élangue*⁶– se bordean al traducirse una en la otra, pero el único saber sigue siendo el saber de las lenguas. De hecho, el parentesco no se traduce, sin embargo, lo único que tiene en común es el que los analizantes sólo hablan de eso. Incluso hasta el punto de que, lo que yo llamaría “un viejo analista” se cansó de ello.

¿Por qué Freud no introduce algo que llamaría el “él”? (...) Es un término que se impondría, y si Freud desdeña el dar cuenta de él, es porque es egocéntrico. Incluso superegocentrico. Y de eso está enfermo. Tiene todos los vicios del amo. No comprende nada de nada. Pues el único amo es la consciencia, y lo que dice del inconsciente sólo es embrollo y balbuceo, es decir, vuelve a esa mezcla de dibujo grosero y de metafísica que no va el uno sin el otro.

Todo pintor es ante todo un metafísico, por hacer dibujos bastos, es alguien que pintarrajea. De ahí vienen los títulos que da a sus cuadros. Incluso el arte abstracto se *titrise*⁷ como los otros. No quise decir se “titulariza” porque eso no querría decir nada. Incluso el arte abstracto lleva títulos, que se esfuerza en hacer tan vacíos como puede, pero aún así, son títulos.

Sin eso Freud habría sacado las consecuencias de lo que él mismo dice: que el analizante no conoce su verdad porque no la puede decir. Lo que definí como no cesando de escribirse, a saber, el síntoma, lo obstaculiza. Vuelvo al asunto: lo que el analizante dice, esperando verificación, no es la verdad, es la *variedad* del síntoma. Es preciso aceptar las condiciones de lo mental, en primera fila se encuentra la debilidad, es decir, la imposibilidad de tener un discurso contra el cual no existe ninguna objeción, mental precisamente. Lo mental es el discurso. Hacemos lo máximo para arreglarlo, diciendo que el discurso deja marcas, esa es la historia de la *Entwurf*⁸. Pero la memoria es incierta. Todo lo que sabemos es que hay lesiones en el cuerpo que dicen vivo, causadas por nosotros; y que suspenden la memoria o, por lo menos, no permiten contar con las huellas que se le atribuyen cuando se trata de memoria del discurso.

Es necesario plantear estas objeciones respecto a la práctica del psicoanálisis. Freud era un débil mental –como todo el mundo, y como yo mismo en particular. Él, además de neurótico, era un obsesionado por la sexualidad, como se le ha dicho. ¿Por qué la obsesión de la sexualidad no sería tan válida como otra cualquiera? Ya que para la especie humana, la sexualidad es obsesiva y con razón. De hecho, ella es anormal en el sentido de que la relación sexual no existe. Freud –es decir, un caso– tuvo el mérito de darse cuenta de que la neurosis no era obsesiva estructuralmente, sino que en el fondo era histérica; es decir, ligada al hecho de que no hay relación sexual, de que hay personas a quienes eso les da asco. A pesar de todo, es un signo, un signo positivo, que eso les haga vomitar.

Hay que reconstituir la relación sexual a través de un discurso. Pero el discurso tiene completamente otra finalidad, para lo primero que sirve es para ordenar, entiendo por ello llevar el mando, que me permito llamar “intención del discurso”, pues queda algo de imperativo en toda intención. Todo discurso tiene un efecto de sugestión. Es hipnótico. La contaminación del discurso con el sueño, valdría la pena hacerla resaltar antes de la experiencia llamada intencional, o sea, tomada como mandato impuesto a los hechos. Un discurso siempre adormece, salvo cuando no se comprende y entonces despierta. Si los animales de laboratorio están lesionados, no es porque se les haga más o menos daño. Están perfectamente despiertos porque no comprenden lo que se quiere de ellos, incluso si se les estimula su pretendido “instinto”. Cuando ustedes hacen que las ratas se muevan en una cajita, estimulan su “instinto alimenticio”, como se expresan para decir simplemente “el hambre”.. En pocas palabras, el despertar es lo real en su aspecto de imposible, que sólo se escribe a la fuerza o por fuerza de, a eso es lo que se llama lo contra-naturaleza.

Como toda noción que se nos ocurre, la naturaleza es una noción excesivamente vaga. Para decir verdad la contra-naturaleza es más clara que lo natural. Los Presocráticos, como se les llama, tenían propensión a lo contra-naturaleza. Sólo por eso merecen que se les atribuya la cultura. Tenían que tener dones para forzar un poco el discurso imperativo, que hemos visto cómo adormece.

La verdad, ¿despierta o adormece? Depende del tono con el que se diga. Es un hecho que la poesía dicha en voz alta adormece. Voy a aprovechar para enseñarles el truco que ha cogitado François Cheng. En verdad se llama Cheng-Tai-Tchen, pero él se puso François por eso de reabsorberse en nuestra cultura. Eso no le ha impedido mantener muy firme lo que dice. Se trata de *L'Écriture poétique chinoise*?, libro de reciente aparición y del que me gustaría que ustedes se inspiraran si son psicoanalistas, que no es el caso de todo el mundo aquí.

Si usted es psicoanalista verá el forcejeo a través del cual un psicoanalista puede llegar a hacer que suene otra cosa que no sea el sentido. El sentido es lo que resuena con la ayuda del significante. Pero lo que resuena no va muy lejos, está más bien amortiguado. El sentido tapon. Pero con la ayuda de lo que se llama la escritura poética ustedes pueden adquirir la dimensión de lo que podría ser la interpretación analítica.

Es cierto que no es a través de la escritura que se expresa la poesía, la resonancia del cuerpo. Pero es sorprendente que los poetas chinos se expresen por la escritura. Es preciso que extraigamos de la escritura china la noción de lo que es la poesía. No que toda poesía, especialmente la nuestra, sea tal que podamos imaginarla por esa vía, sino que quizás en ella apreciarían justamente algo que sea otro, otra cosa que lo que hace que los poetas chinos no tienen más remedio que escribir.

Hay algo que nos hace pensar que no se han quedado ahí, eso es lo que canturrean. François Cheng enunció delante de mí un contrapunto tónico, una modulación que hace que eso se canturrea, pues de la tonalidad a la modulación, hay un deslizamiento.

¿Inspirarse, acaso, en algo del orden de la poesía para intervenir en tanto que psicoanalista? De hecho, es por ahí por donde tienen que dirigirse, porque la lingüística es una ciencia muy mal orientada. Ésta sólo emergió en la medida en que un tal Roman Jakobson abarcó seriamente las cuestiones de poética. La metáfora, la metonimia, sólo alcanzan la interpretación cuando son capaces de tener función de otra cosa que una estrechamente sonido y sentido. Sólo cuando una interpretación justa extingue un síntoma, la verdad se especifica por ser poética. No es por el lado de la lógica articulada –aunque a veces resbale en ella– por donde hay que considerar el alcance de nuestro decir. Tampoco es que nada merezca hacer dos vertientes, como siempre lo enunciamos, porque es la ley del discurso en tanto que sistema de oposiciones. Eso es justamente lo que tendríamos que superar.

Lo primero sería extinguir la noción de bello. Nosotros no tenemos nada que decir de bello. Se trata de otro tipo de resonancia que tiene que fundamentarse en el chiste.

Un chiste no es bello. Sólo depende de un equívoco, o como dice Freud, de una economía. No hay nada más ambiguo que esta noción de economía. Pero podemos decir que la economía funda el valor. Pues bien, una práctica sin valor, eso es, para nosotros, lo que se trataría de instituir.

17 de abril 1977

III. LO IMPOSIBLE DE CAPTAR

Me rompo la cabeza. Ya es un fastidio porque me la rompo seriamente, pero lo más fastidioso es que no sé por qué me la rompo.

Un tal Gödel, que vive ahora en América, demostró que lo indecible existe. ¿En qué ámbito lo demuestra? En el más mental de todos los mentales, en el que más tiene de mental, en el mental por excelencia, la cumbre de

lo mental, o sea en el ámbito de lo que se cuenta. Lo que se cuenta es la aritmética. Quiero decir que la aritmética desarrolla lo contable.

La cuestión es saber si hay Unos que son no numerables. Eso es lo que promovió Cantor. Pero queda una duda, ya que sólo conocemos lo finito, y que lo finito es siempre numerable. ¿Es la debilidad de lo mental? Simplemente es la debilidad de lo que llamo lo imaginario.

El inconsciente lo identificó Freud, no sabemos por qué, con lo mental. Por lo menos, eso es lo que resulta del hecho de que lo mental esté tejido con palabras, entre las cuales —ésta es, me parece, la definición de Freud— siempre hay posibles equivocaciones. De ahí viene mi enunciado que real, sólo hay lo imposible. Y es ahí justo donde tropiezo. ¿Cómo es que lo real es imposible de pensar, si no cesa de no escribirse? Aquí hay un cierto matiz: yo no enuncio que no cesa de no decirse, pues nombro lo real como tal pero por no escribirse. Todo lo que es mental, al fin y al cabo, es lo que escribo con el nombre de *sinthome*, es decir signo.

¿Qué quiere decir *ser signo*? Con esto, justamente, me rompo la cabeza. ¿La negación es un signo? Antes intenté plantear lo que es la instancia de la letra. ¿Lo decimos todo al decir que el signo de la negación, que se escribe así \neg , no tiene que ser escrito? ¿Qué es negar? ¿Qué es lo que se puede negar?

Esto nos lleva al campo de la *Verneinung*, del que Freud promovió lo esencial. Al formular que la negación supone una *Bejahung* pues la negación se escribe a partir de algo que se enuncia como positivo. Con otras palabras, al signo hay que buscarlo —eso fue precisamente lo que plantee en esa *Instancia de la letra*¹⁰— como congruencia, \approx , del signo con lo real.

¿Qué sería un signo que no se pudiera escribir?— pues ese signo lo escribimos realmente. Ya puse de relieve la pertinencia de lo que toca la lengua francesa a través de sus adverbios. ¿Podemos decir que lo *real miente*? En el análisis seguro que podemos decir que lo *verdadero miente*. El análisis es un largo *caminomiente*¹¹. Lo encontramos en todas partes. El que el *camino* miente nos indica que, como con el hilo del teléfono, nos enredamos los pies.

El que podamos plantear cosas como estas nos cuestiona sobre lo que es el sentido. ¿Acaso sólo habrá sentido mentiroso?, ya que podemos decir que la noción de real excluya (en subjuntivo) el sentido. ¿Acaso también excluye la mentira? ¿Precisamente éste es nuestro asunto cuando apostamos por el hecho de que lo real excluya, en subjuntivo? El subjuntivo es la indicación de lo modal, ¿qué se modula en ese modal que excluiría la mentira?

En verdad, nos damos cuenta de cómo en todo esto, sólo hay paradojas. ¿Son representables las paradojas? *Doxa*, es la “opinión” con la que introduje una conferencia al comienzo, dedicada al *Menon*¹² donde se enuncia sobre la opinión verdadera. Puesto que existen paradojas, no existe la mínima opinión verdadera.

El principio del decir verdadero es la negación. Y mi práctica, puesto que práctica hay, es que debo deslizarme —así es como está hecho— entre la transferencia que llaman, no sé por qué, negativa, y... Todavía no sabemos lo que es la transferencia positiva. Intenté definirla con el nombre de sujeto supuesto saber. ¿Quién es supuesto saber? Es el analista. Es una atribución, como lo indica la palabra “supuesto”. Una atribución no es más que una palabra. Hay un sujeto, algo encima, que es supuesto saber. Saber es pues su atributo. El único problema es que es imposible dar el atributo del saber a alguien. El que sabe, en el análisis, es el analizante. Lo que desarrolla es lo que él sabe, excepto que es un otro —¿pero hay un otro?— que sigue lo que tiene que decir, o sea, lo que él sabe.

Esta noción de Otro, la marqué en cierto grafo con una barra que lo rompe. Pero, ¿romper es negar? El análisis propiamente dicho enuncia que el Otro no es nada más que esta duplicidad. Hay del Uno. Pero no hay nada de Otro. El Uno, ya lo dije, dialoga completamente solo, porque recibe su propio mensaje en forma invertida. Él es el que sabe, y no el supuesto saber.

También planteé lo que se enuncia de lo universal, pero, a fin de negarlo, dije que no hay todos. En eso las mujeres son más hombre que el hombre. Ellas no son todas, dije. Esos todos no tienen ningún rasgo en común. No obstante tienen éste, que es el único rasgo común: el rasgo que llamé unario. Éste se sustenta del Uno. Hay del Uno. Lo he repetido hace un momento para decir que hay del Uno y nada más. Hay del Uno, eso quiere decir que, sin embargo, hay sentimiento; ese sentimiento que llamé, según las unaridades, el soporte de lo que justamente tengo que reconocer, el odio, en la medida que este odio es pariente del amor, el amor que escribí en el título de este año— *l'Insu-que-sait de l'une- bévue, c'est l'amour*.

No hay nada más difícil de captar que este rasgo de *l'une- bévue*, así es como traduje el *Unbewusst*, que quiere decir *inconsciente* en alemán. Pero al traducirlo por *l'une-bévue*, quiere decir completamente otra cosa: un estorbo, un tropiezo, un deslizamiento de palabra a palabra. Eso es precisamente de lo que se trata. Cuando nos equivocamos

de llave para abrir una puerta, que esa llave precisamente no abre, Freud se precipita para decir que se pensó que ella abriría esa puerta, pero que nos hemos equivocado. Equivocación es, justamente, el único sentido que nos queda para esta consciencia. El único soporte que tiene la consciencia es el de permitir una equivocación.

Es preocupante, pues esta consciencia se parece mucho al inconsciente, ya que le dicen responsable de todas esas equivocaciones que os hacen soñar. ¿Soñar en nombre de qué? De lo que llamé el objeto *a*, a saber, con lo que se divide el sujeto que está por esencia tachado, a saber, todavía más tachado que el Otro.

En eso me rompo la cabeza. Me rompo la cabeza y pienso que, al fin de cuentas, el psicoanálisis es lo que hace verdadero. Pero, ¿cómo hay que entender esto? Esto es un encuentro de sentido. Es un *sens-blant*¹³. Ahí está toda la distancia que designé entre el S2 y lo que éste produce.

Que el analizante produzca al analista, de eso no cabe la menor duda. Es la razón por la que me pregunto sobre el estatuto del analista, a quien dejo su lugar de hacer verdadero, de semblante, a pesar de la equivocación que me vieron hacer la otra vez. No hay nada más fácil que caer en la equivocación, quiero decir en un efecto del inconsciente, ya que era precisamente un efecto de mi inconsciente el que hace que ustedes hayan tenido la bondad de considerar eso como un lapsus, y no como quise calificarlo yo mismo la vez siguiente, como un craso error.

¿Qué tiene como efecto ese sujeto dividido, si el significante índice 1 no representa el sujeto para el S2, o sea, para el Otro? El S1 y el S2, eso es muy precisamente lo que designo con el A dividido, del que hago un significante en sí mismo, el S (A).

Así es justamente como se presenta el famoso inconsciente, imposible de captar, al fin de cuentas. Hablé hace un instante de las paradojas en tanto que son representables, o sea, dibujables. No hay dibujo posible del inconsciente. El inconsciente se limita a una atribución, a una substancia, a algo que se supone que está debajo. Lo que formula el psicoanálisis es que sólo es una deducción. Deducción supuesta, nada más. A la que intenté darle cuerpo con la creación de lo simbólico; tiene, precisamente, el destino de no llegar a su destinatario. ¿Cómo es, sin embargo, posible que eso se enuncie?

Ésta es la interrogación central del psicoanálisis. Me quedaré aquí por hoy. Espero poder, dentro de ocho días –sabrán Dios por qué, me anunciaron que habría un 17 de mayo– preguntarles, con la esperanza de que pase algo de lo que digo.

10 de mayo 1977

IV. UN SIGNIFICANTE NUEVO

Por decir las cosas en orden de importancia creciente, tuve el placer de descubrir que mi enseñanza alcanzó *L'Echo des Savanes*.¹⁴ Ya lo leerán en el número 30. Es un poco porno. Que haya logrado –sin hacerlo adrede– llegar ahí, es un éxito. Siempre junto cuidadosamente *L'Echo des Savanes*, no es que esperara esto para hacerlo.

En segundo lugar, les señalo la aparición de la colección de Julia Kristeva titulada *Polylogue*.¹⁵ A mí me gusta mucho. Pero –ya que se tomó la molestia esta mañana– me gustaría que me informase de si se trata, como a mí me parece –por lo que pude leer, pues hace poco tiempo que lo recibí– de una polylingüística. La lingüística aquí me parece estar más que dispersa. ¿Es eso lo que quiso decir con “*polylogue*”? Si tuviera todavía un hilito de voz para chillar no me disgustaría.

Julia Kristeva - Es distinto a la lingüística. Pasa por la lingüística.

Sí, lo fastidioso es que siempre lo único que se hace es pasar por la lingüística. Yo pasé por ahí pero no me quedé. Y si enuncié algo válido, siento que no pueda encontrar un apoyo en ello.

Todavía estoy interrogando al psicoanálisis, sobre el modo en el que funciona. ¿Cómo puede ser que constituya una práctica que, incluso a veces, es eficaz?

¿Acaso el psicoanálisis opera –pues de vez en cuando opera– por un efecto de sugestión? Que se mantenga dicho efecto de sugestión supone que el lenguaje depende de lo que se llama el hombre. No es por nada que, en tiempos lejanos, manifesté cierta preferencia por un libro de Bentham sobre la utilidad de las ficciones. Las ficciones se orientan hacia el servicio que, a fin de cuentas, él justifica. Pero, por otro lado hay aquí una hiancia. Que ello se deba al hombre supone que sabríamos suficientemente lo que es el hombre. Ahora bien, todo lo que sabemos del hombre es que tiene una estructura. Pero, no nos es fácil decir esta estructura. El psicoanálisis emitió al respecto algunos vagidos, a saber, que el hombre tiende hacia su “placer”, lo cual tiene un sentido bien claro. El psicoanálisis llama “placer” al padecer, al sufrir lo menos posible.

Aquí hay que recordar de qué manera definí lo posible, con un extraño efecto de inversión, pues digo que, lo posible es lo que cesa de escribirse. Entonces, si transportamos brutalmente las palabras, “lo menos” resulta –”lo que cesa lo menos de escribirse”. Y, en efecto, ello no cesa ni un instante.

Aquí quisiera hacerle de nuevo una pregunta a esta querida Julia Kristeva. ¿A qué llama ella –esto la va a forzar a sacar algo más que un hilito de voz como hace un momento– la metalengua?

¿Qué quiere decir la metalengua, si no es la traducción?

Sólo se puede hablar de una lengua en otra lengua. Anteriormente dije que no hay metalenguaje. Hay un embrión de metalenguaje, pero uno derrapa siempre, por una simple razón, que en materia de lenguaje sólo hay, que yo sepa, una serie de lenguas encarnadas. Nos esforzamos en alcanzar el lenguaje por medio de la escritura. Y la escritura sólo da algo en matemáticas, en donde operamos por medio de la lógica formal, o sea, por la extracción de cierto número de cosas que se definen principalmente como axiomas. Lo que se extrae así son letras. Eso no es, en absoluto, una razón para creer que el psicoanálisis lleve a escribir sus memorias. Es, precisamente, porque no hay memorias de un psicoanálisis, por lo que estoy tan confuso. Todo se apoya ahí sobre una metáfora, a saber, que se imagina que la memoria es algo que se imprime. Nada dice de hecho que esta metáfora sea válida. En su *Entwurf*, Freud articula muy precisamente la impresión de lo que queda en la memoria. El que sabemos que algunos animales tengan recuerdos no es una razón para concluir que sea lo mismo en el hombre.

En todo caso, lo que enunció es que la invención de un significante es algo diferente a la memoria. No es que el niño invente este significante, lo recibe. Eso es, incluso, lo que valdría para que se hagan más. Nuestros significantes son siempre recibidos. ¿Por qué no inventaríamos un significante nuevo? ¿Un significante, por ejemplo, que no tuviera –como lo real– ninguna especie de sentido?

No se sabe, quizás sería fecundo, quizás sería un medio –un medio de sorpresa en todo caso. No es que no se intente. Incluso en eso consiste el chiste. Consiste en servirse de una palabra para otro uso que para el que estaba hecha, se la arruga un poco, y en el arrugamiento mismo reside su efecto operacional.

Hay algo a lo que me he arriesgado al operar en el sentido de la metalengua. La metalengua en cuestión, consiste en traducir *Unbewusst*, por *une-bévue*... Eso no tiene en absoluto el mismo sentido. Pero es un hecho que en cuanto duerme, el hombre *une-bévue* con toda su fuerza y sin ningún inconveniente, dejando de lado el caso del sonambulismo. El sonambulismo tiene un inconveniente cuando se despierta al sonámbulo: cuando se pasea por los tejados, puede ocurrir que tenga vértigo. Pero en verdad, la enfermedad mental que es el inconsciente no se despierta nunca.

Lo que Freud enunció, lo que quiero decir, es que en ningún caso hay despertar.

A la ciencia, en esta ocasión, sólo se la puede evocar indirectamente. Es un despertar, pero un despertar difícil y sospechoso. Sólo se está despierto cuando lo que se presenta y representa no tiene ninguna especie de sentido. Pues, todo lo que se enuncia hasta ahora en tanto que ciencia está ligado a la idea de Dios. La ciencia y la religión van muy bien juntas. Eso es un *dieu-lire*¹⁶. Pero eso no presagia ningún despertar.

Felizmente hay un agujero. Entre el delirio social y la idea de Dios, no se admite comparación alguna. El sujeto se toma por Dios, pero es impotente para justificar que él se produce a partir del significante S1 y más impotente todavía, para justificar que ese S1 lo represente para otro significante. Además, por ahí pasan todos los efectos de sentido que se tapan enseguida, encontrándose en un callejón sin salida. La astucia del hombre consiste en rellenar todo eso, como les dije, con la poesía, que es efecto de sentido, pero también efecto de agujero. Lo único que permite la interpretación, les dije, es la poesía. Por eso ya no llego con mi técnica a lograr que ésta aguante. No soy bastante poeta. No soy *poète-assez*..

Eso es para introducirles a lo que hace que se planteen preguntas, o sea a la definición de la neurosis. Hay que ser, por lo menos, sensato y darse cuenta de que la neurosis depende de las relaciones sociales. Se sacude un poco la neurosis, pero no es para nada seguro que así se la cure. Por ejemplo, la neurosis obsesiva es el principio de la consciencia.

Hay, también, cosas raras. Un tal Clérambault se dio cuenta un día –Dios sabe cómo lo encontró– que existía el automatismo mental. No hay nada más natural que el automatismo mental. Que haya voces, vale. ¿De dónde vienen?, necesariamente del sujeto mismo. Hay voces que dicen *ella se está limpiando el culo*. Nos asombra que esta irrisión –pues parece que hay irrisión– no ocurra más a menudo.

Ví recientemente en mi presentación de enfermos, como se llama –si es que están enfermos– un japonés que tenía algo que él mismo llamaba “eco del pensamiento”. ¿Qué sería el eco del pensamiento, si Clérambault no

lo hubiera puesto de manifiesto? Él lo llama un proceso serpiginoso. Ni siquiera está seguro de que sea un proceso serpiginoso ahí donde se supone que es el centro del lenguaje.

Este japonés tenía una afición muy fuerte por la metalengua, a saber, que gozaba de haber aprendido el inglés y luego el francés. ¿Acaso no es ahí donde se produjo el deslizamiento? Deslizó en el automatismo mental, porque en todas esas metalenguas que manejaba tan bien, él no se encontraba, sino que se perdía. Aconsejé que se le permitiera tomar un poco de distancia y que no se parasen en lo que Clérambault inventó, algo que se llama automatismo mental.

¡Es normal, el automatismo mental! Y ocurre que si yo no lo tengo, es una casualidad. Hay algo que se puede llamar “malas costumbres”. Si uno se pone a “decirse cosas a sí mismo” como se expresaba textualmente dicho japonés, ¿por qué no deslizaría en el automatismo mental? No obstante, es cierto que, conforme a lo que dice Edgar Morin en su libro recientemente publicado sobre la naturaleza de la naturaleza¹⁷, la naturaleza no es tan natural como se piensa. Incluso, en esto consiste esa podredumbre a la que llaman cultura. La cultura borbotea, ya se lo hice notar incidentemente.

Los tipos modelados por las relaciones sociales consisten en juegos de palabras. Aristoteles imputa a la mujer, no sabemos por qué, que sea histérica. Es un juego de palabras sobre el *hysteron*.

¿Por qué todo se lo traga el parentesco más superficial? ¿Por qué la gente que viene a hablarnos, en psicoanálisis, sólo nos habla de eso? ¿Por qué el psicoanálisis orienta a la gente, que en él se vuelve más flexible, hacia sus recuerdos de infancia? No se orientarían si no hacia el emparentarse a un *poète*, en el sentido en el que lo articulé antes, del *pas-poète-assez*? Un *poète* entre otros, no importa el que sea. Incluso, un *poète* es lo que se llama, muy corrientemente, un débil mental. No veo por qué éste sería una excepción.

Un significante nuevo sin ninguna especie de sentido, quizás nos abriría a lo que, en mi andar patoso, llamo lo real. ¿Por qué no intentaríamos formular un significante, que al contrario del uso que se hace actualmente, tuviera un efecto?

Todo eso tiene un carácter extremo. El que me haya introducido ahí gracias al psicoanálisis no va sin tener cierto alcance. “Alcance” quiere decir “sentido”, sin ninguna otra incidencia. Nosotros nos quedamos pegados siempre al sentido. ¿Cómo es que todavía no hemos forzado las cosas lo bastante como para hacer la prueba de lo que resultaría si forjáramos un significante que fuera otro?

Me quedo aquí por hoy. Si acaso les convocara respecto a este significante, lo verán anunciado. Eso sería un buen signo. Y como sólo soy débil mental relativamente —es decir que lo soy como todo el mundo— quizás sea que me habrá llegado alguna lucecita.

17 de mayo 1977

NOTAS

- 1- PLATON, “Crátilo”, *Diálogos II*, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid 1999
- 2- LACAN J., *La ética del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires 1988
- 3- En francés hay homofonía entre “*piètre*” y “*piéd*”. (N. de T.)
- 4- Equívoco entre “*ferrer, elle*” y “*faire réel*”. “*Ferrer*” traducido por “enganchar”, en el sentido de la expresión “enganchar el anzuelo”. (N. de T.)
- 5- NEEDHAM R., *Rethinking kinship and marriage*, London, New-York, Tavistock Publications, 1971. Traducción francesa de Martine Karnoouh y Edgar Roskin, *La Parenté en question, onze contributions à la théorie anthropologique*, Paris, Seuil, 1977.
- 6- En la primera lección de su Seminario *Le Sinthome*, Jacques Lacan menciona que “l’élange” es un término forjado por el escritor Philippe Sollers en un ensayo sobre James Joyce. (N. de T.)
- 7- Neologismo verbal creado a partir de “*titrer*” (titrar) y del sufijo “*ise*” muy antiguo y se vuelve muy productivo en el siglo XX.
- 8- FREUD S., Proyecto de una psicología para neurologos, *Obras Completas*, tomo I, Biblioteca Nueva, Madrid, 1972.
- 9- CHENG F., *L’écriture poétique chinoise, suivie d’une anthologie des poèmes des Tang*, Paris, Seuil, 1977.
- 10- LACAN J., “La instancia de la letra”, *Escritos*, Mexico, Siglo Veintiuno, 2^{da} edición, Vol. I, pp. 129-213.
- 11- En francés, adverbios “*réellement, vraiment*”, (realmente, verdaderamente) y sustantivo “*cheminement*” (caminamiento). (N. de T.)
- 12- PLATON, “Ménon”, *Diálogos II*, Biblioteca Clásica Gredos, Madrid 1999.
- 13- “Sentido”- *blant*. (N. de T.)
- 14- *L’Écho des Savanes* sigue publicándose actualmente. Es una revista de contra-cultura y de desintoxicación que se distingue desde hace treinta años por su estilo humorístico y burlesco. Desgraciadamente el número 33 está agotado y demasiado viejo para ser archivado.
- 15- KRISTEVA J., *Polylogue*, Paris, Seuil, 1977.
- 16- Palabra compuesta de *dieu* (dios) y *lire* (leer), y en francés suena como *délire* (delirio). (NT)
- 17- MORIN E., *La Méthode (Tome I), La nature de la nature*, Paris, Seuil, 1977, Colección “Points”, 1981.